

Mete su mano en la Boca del Mal Aliento, éste gruñe y el zorro lo tranquiliza, «y cuando su mano ya tocaba el corazón del tigre aseguró muy bien el corazón y lo arrancó *pss*»¹¹⁹. El tigre murió y el zorro lo cuereó. Cocinó su carne en varias ollas, en especial la cabeza y el corazón, y lo almorzó mientras se decía: «Es realmente tierno su corazoncito amigazo»¹²⁰. Aquí una nueva inversión: el corazón *tierno* del tigre, la más temida de las fieras de los tobas.

Toda *relación* con el *ambiente*, con el colectivo que describe las condiciones que rodean un organismo, con la inclusión del aire, la luz, el suelo, la temperatura, el agua, los organismos vivos, debía hacerse mediante el programa de la astucia. Para que la vida humana reuniese las condiciones ambientales necesarias para su reproducción, la herramienta de contacto con el medio debía constituir, el artificio, la triquiñuela, la fullería. Se originaba socialmente, una relación psico-eco-antropológica basada históricamente, y evolucionada en este sentido: sólo el hombre es capaz de colocar una trampa a la naturaleza. Y ésta, un verdadero gigante, caía inocentemente hondeada por el minúsculo David. La práctica laboral generaba una cosmovisión y una experiencia teórica del mundo.

VII. La poesía del cielo

El último relato es absolutamente maravilloso. No tiene una ilación lógica y en los propios personajes falta definición. En el medio pueden agregarse multitud de otras historias complementarias sin variar su sentido. Es en realidad una acumulación de fantasía diseñada observando el cielo.

Son los tres hijos del *Tatú Viudo*. Dos varones y la más pequeña, una niña. Se van al monte en busca de miel. El padre lleva un hacha para talar panales. Descubren un panal de avispas amarillas, las «rubiecitas», el panal más sabroso de todos. Los niños se separan del padre¹²¹. Encuentran entonces una paloma que les da un mensaje: caminar en una dirección hasta un *monte* donde hallarán a una anciana con mucha fuerza. Ella se pone contenta al ver a los tres niños, pero echa más leña al fuego pensando que estos párvulos serán su comida. Por eso les pide que le ayuden a soplar el fuego, para aprovechar el descuido y arrojarlos. La paloma los alerta para que no hagan caso a la vieja, y dejen que ella sope sola: «Y entonces en ese momento ustedes la van a tener que empujar al fuego»¹²².

He aquí una anciana, tal vez hechicera o una mujer hambrienta de los tiempos anteriores al caballo, a la conquista, cuando no había suficiente alimento para los viejos en el seno de la tribu. Quizá se apartaran ellas

¹¹⁹ Idem, 56-57.

¹²⁰ Idem, 57.

¹²¹ Idem, 62.

¹²² Idem, 64.

mismas, o las apartaran. Hasta pudo existir algún caso de canibalismo sobre niños ejercido por ellas. Lo cierto es que este relato obliga a los niños a tener pánico de las ancianas que viven solas en los montes. Tiene un efecto pedagógico¹²³.

Después, los niños mataron a la anciana tirándola al fuego, tal como les había enseñado la paloma¹²⁴. Pero también les había pronosticado que la vieja tenía unos seres vivos en los pechos. Después de muerta deberían cortarle un seno donde encontrarían unos perros chicos¹²⁵. Así ocurrió y siguieron buscando a su padre. Los perros crecieron y la niña se montó en uno de ellos. Encontraron a un avestruz y lo persiguieron, elevándose hasta el cielo todos, donde los perros le dieron alcance prendiéndose al cuello, mas sin matar a la gran ave. Junto a esa figura, parados uno tras otro, los tres niños, quedaron convertidos en una constelación. Entre los matacos, chorotes y chalupies, también aparecían las constelaciones como ideogramas. Las estrellas entre los chorotes tienen figuras de mujer o de aves¹²⁶.

En el mundo toba, después de un largo periplo histórico, aparecía el cielo como objeto del imaginario. El principio mitologizante es nítido. Inversión. El proceso mental sigue ocurriendo inversamente. Con la constelación dibujada, se armó el relato. Pero allí entraron preocupaciones, problemas antropológicos y costumbres. Quedaron adheridos a la fantasía como en una lámina donde se pegan dibujos y fotografías. En el último relato ya no figura el colectivo como una persona con vida y pensamiento propios, internamente contradictorio, sometido a desplazamientos. Es una familia. Padre e hijos que salen de la sociedad hacia el bosque. El discurso narrativo se refuerza con imágenes demasiado occidentales. El conjunto final se aproxima tanto a viejos relatos europeos donde Caperucita Roja intentará ser devorada por el lobo vestido de abuelita, que no vale insistir en ello.

De adelante hacia atrás. Del cielo bajaron las mujeres de vaginas con dientes, pero ahora allí suben un avestruz, dos perros y tres niños. El mundo de la naturaleza y la humanidad toba. La función del cielo ha cambiado. Antes servía para explicar, ahora a para imaginar y creer en él.

VIII. El asolamiento de la poesía

La guerra es un empobrecimiento sustantivo. Para el caso que nos ocupa, una declinación, un agotamiento del caudal de la conciencia mitologizada, de las cualidades narrativas del relato oral fantástico, de los atri-

¹²³ *El lucero matutino o dapitche, es un fuego mantenido por tres mujeres ancianas, quienes queman en él a un hombre. Robert Lehmann Nitsche: «La Astronomía de los Toba». En Revista del Museo de La Plata, 1923-1925. XXVII: 267-85; XXVIII: 181-209. El tema de las ancianas asesinas se repite.*

¹²⁴ *Idem, 64.*

¹²⁵ *Idem, 65.*

¹²⁶ *Mashnshnek: «Mitología de los Mataco», op. cit., 30. Edgardo J. Cordeu: «Aproximación al horizonte mítico de los tobas», op. cit., 70-75.*

butos del cielo. Basta observar la rudimentariedad, primitivismo, violencia de las *expediciones* armadas contra las etnias del Gran Chaco a principios del XX, para corroborar el flujo mutuo de pérdidas de identidad, de poesía, de cruentos asesinatos de la memoria oral, de vulneraciones al tiempo de la aldea para el relato colectivo. La guerra no necesitaba explicaciones ni sabiduría sobre los orígenes. Ni poesía de la naturaleza ni sobre la protohistoria. La guerra era un salto en redondo. Fractura y golpes de desintegración clánica. Asimilación de fronteras culturales detriticas de la civilización exitosa por parte de las etnias desalojadas. Una expedición militar de 1911 al Chaco Central, buscando a los indios pilagás, orienta sobre el estado y proyecto de «vinculación» cultural. Los «milicos» ya son chaqueños: indios revertidos, mestizos cargados de ira, criollos alcoholizados. No conocen el miedo, y son aptos para enlazar, cocinar, bolear, mariscar, arar. Desechos de las dos culturas, reunidos en un nuevo tipo psicológico, concentran en un único perfil la sabiduría necesaria: cómo sobrevivir y cómo matar¹²⁷. La única palabra castellana de contacto de un pilagá absolutamente ignorante del idioma con el ejército de frontera, era *sistem*, una voz inglesa¹²⁸. *Sistem* significaba más o menos: «deme un arma de fuego, cualquier arma, fusil mauser de repetición, winchester, lafoucheux, carabinas o cargables por la boca». Todos los relatos, las narraciones, la cultura aborígen, pasadas por el cedazo de la comunicación con Occidente, se convertía en *sistem*. Todo el castellano, en una palabra inglesa; y la propia cultura blanca, en un arma de fuego de sistema diverso. La segunda palabra fue *cartó*, cartucho. Oralidad, etnicidad y naturaleza se conectaban con la civilización capitalista mediante el útero de las armas.

No hicimos más que leer, en estas páginas, un libro no escrito que desapareció en el curso de los últimos años. Podríamos haber agregado para el caso la frase *arqueología oral*, pero con el ruido de las explosiones no se la hubiera oído de todos modos. En el cielo del Chaco étnico apareció la constelación *sistem*. Símbolos primarios y grandiosos. El sueño de la naturaleza pasada, desaguado en una tecnología del presente megalómano. Crispación del devenir.

La escritura produce una sensación de finitud, escribe Ong. Lo que se encuentra en un texto está concluido, consumado. Se supone que el texto impreso representa así las palabras definitivas, finales del autor. El artículo de la expedición, a setenta y cinco leguas al noroeste de Formosa, sobre los esteros del río Pilcomayo, entre los indios pilagás del año 1911, fue escrito por un periodista de la revista *Caras y Caretas* que acompañó la travesía. La nota concluye con la entrega de regalos que el ejército hace a la etnia. Está ilustrado por fotografías de los aborígenes con sus leyendas respectivas debajo¹²⁹. Pero cuando el texto ha concluido, con la amabili-

¹²⁷ «Si usted ordena a tres soldados que atropellen una toldería, tenga por seguro que no van a dar media vuelta, y que pelearán como bravos a razón de uno por cien indios. Pero si al estero Palconi lo embalsa usted con 'copetines', créame, ¡como por encanto los milicos lo desagotan!». Félix Lima: «A través del Chaco central. Entre los indios Pilagás», en *Caras y Caretas*, n.º 735, Buenos Aires, 1912.

¹²⁸ Idem, s/n.º.

¹²⁹ «De sobremesa», «La gente del cacique Nallary», «El cacique Chimango-soick y su gente de pelea», «Indias fabricando collares», «Dos tipos legítimamente pilagás, bastante averiados por una viruela», «Indiecitos jugando al elein, especie de golf», «La gente menuda de las tolderías del cacique Garcete, viendo pasar una bandada de patos reales», «El enviado especial de Caras y Caretas con el edecán del cacique Naicholick», etc. Idem, s/n.º.

dad, casi felicidad del encuentro, y hemos recibido por tanto la sensación de finitud, se resbala la última toma fotográfica con esta leyenda: *El incendio de una toldería*. En medio de una humareda destacan los palos negros retorcidos y verticales, de los que fueran horcones de las chozas. El verdadero final de la historia no fue así contado por el texto, sino por la fotografía escapada. Furtiva. Como si ahora ésta se convirtiese en un documento de oralidad no convencional, una tecnología nueva, heterodoxa de las narraciones esparcidas desde la memoria.

Eduardo Rosenzvaig